

Tiempos y espacios para una conciencia infeliz

JUAN JOSÉ DELGADO

Dos novelas y cuatro relatos han dado a este libro la ocasión de trasladar la atención a unas horas concretas de una batalla en la Guerra Civil en que se describe, con rigurosa minuciosidad y sin ningún miramiento, toda una lección: que el hombre puede ser un lobo para el hombre. Con ese paso de animalidad en armas arrancan algunos personajes que no perderán ese norte belicoso en los otros episodios que conforman el conjunto. De las balas del fusil se pasará a una muy distinta y silenciosa batalla, aquella que penetra en el tiempo reservado de la posguerra y en donde le tocará, ahora, ahogarse otra hornada de seres humanos. Tres narraciones han transcurrido hasta el momento por este camino: la que le presta su título al libro, "Los potros de bárbaros atilas", además de "Suerte calé" y "Memoria de un futuro que no fue". A partir de ahí viene —punto y aparte— un cambio de torna.

Un magistral punto de inflexión es "El insólito caso del vallisoletano que se convirtió en cubano". Impone la novelita registros de muy diferente modalidad y tonalidad. El tiempo transcurrido deposita la historia más allá de la transición. España ha entrado en el concierto europeo. La cultura española, sin embargo, se recubre de parodia y, contando con lo burlesco, se desliza hacia el grotesco.

"La balsa en el estrecho" quiere confrontar dos miradas y modos de entender la vida, que ya surgiera en el caso anterior. Pero en este momento entra en liza el territorio marginal de los sin papeles, el episodio terrible de la inmigración. La candencia del tema se resuelve a la manera de los asuntos palpitantes; quiere decirse con ello que le va a robar a la escritura naturalista los temas de más vergüenza. La protagonista va narrando, con desparpajo y directísima claridad, las circunstancias que enredan su vida.

Cuando el lector haya pasado por estas páginas percibirá que el camino recorrido supone un periodo de la historia de España que se inicia en el treinta y seis y alcanza la hora actual

EUGENIO SUÁREZ-GALBÁN GUERRA

Los potros de bárbaros
atilas y otros cuentos



del presente. El último cuento, “Tren del olvido”, se lanza a un viaje inverso permitido por la evocación: la mirada mutua de dos pretéritos contendientes, al cruzarse, retrotrae a historias inhumanas de la segunda guerra mundial.

Pero no es el tiempo la única coordenada descrita para situar a una cuadrilla de personajes sin centro. El espacio resulta igualmente un factor perverso y desestabilizador para esos sujetos –diríamos mejor, individuos– que componen el universo ficticio de este libro. Franjas temporales diversas en territorios igualmente diferenciados. Las circunstancias históricas, políticas, sociales y culturales determinan el comportamiento humano en el espacio. El aquí y ahora carga un explosivo de fragmentación que crean nichos de tiempo y espacios de encierro. Aquí o fuera. En la Península o en Canarias o en Cuba, o en la Francia o en la Alemania de los campos de concentración o de exterminio. Las situaciones planteadas, bien como punto de partida, o en su desarrollo, o en las postrimerías del relato, constituyen situaciones límites. En juego se halla el ser o no ser del individuo.

Eugenio Suárez–Galbán ha tratado de la individuación en estas interesantes narraciones.. El ámbito en que están localizados los actores determinan una actitud. Las fuerzas de las circunstancias conducen al sujeto a una concepción vital. Cada cual la sufre desde la posición en que se ha emplazado. Para el caso que nos ocupa, y forzando la reducción, tres son los tipos humanos que van a frotar su vida contra la piel del mundo para dejar pruebas de la batalla acontecida. Los protagonistas de los tres primeros episodios se hallan en un ámbito que los encierra y que los conduce a ciegas. Aquí no cabe la voluntad o, si asomara, estalla y acaba con el individuo. El soldado lucha, mata, sobrevive mecánicamente. El sistema que lo cerca no permite aliviadero alguno. Esa individualización no ha sido creada por el propio sujeto, sino impuesta por los acontecimientos de la historia. Se somete o es aniquilado. O cabe también otra posibilidad: se somete o queda fuera de sitio, se convierte en un trasterrado; y ocupará, como un nadie, una zona de nadie.

La novela corta “El insólito caso del vallisoletano que se convirtió en cubano” permite acceder, por la vía burlesca, a otro “tipo humano”. No es casual que el autor haya elegido a un castizo castellano que habita en los días de hoy para proyectar, con su caracterización, el trasunto de una crisis de identidad. Lo muestra como un caballero maduro e integrado con satisfacción en el sistema social. Virgilio quiere mantener indivisible su individualidad. El espacio en el que se inscribe le es, supuestamente, favorable. Sin embargo, coincidirá con los otros en ese punto en donde se revela una conciencia infeliz. Porque, y aquí está la gracia, el grave castellano se ve alterado por una casi posesión diabólicamente cubana. A veces habla, canta, se comporta con rotundas e irrefrenables formas caribeñas. Mal asunto para un grave castellano que debe mantenerse como tal; pero no. Algo quijotesco le asoma. Se divide en dos. Y en dos dividido no puede ocupar un solo espacio. Cada cual aspira al suyo. Castilla o Cuba. Actitud grave o bailona. Cigarro o habano. Sexo blando y bien ordenado o lujuriar y desenfrenarse. Del propio personaje emergen las contraposiciones y la lucha interior. Porque, burla burlando, la historia pone latente el asunto de la pelea aunque lo envuelva en la comicidad de la farsa grotesca. Virgilio casi actúa como un ser quijotesco; y si no lo hace enteramente es porque su personalidad es oscilante; va de una a otra. Ambas son sinceras, le ocupan “su tiempo” y lo van conduciendo a “su espacio”. Pero la individualización no permite excedentes, y él es un moneda de dos caras. Las circunstancias del mundo le imponen una sola carta de identidad. En caso contrario quedará fuera, en tierra de nadie, en un perpetuo hacerse y deshacerse. Hay un rincón, un cuarto vacío para todo aquel que no acepte las normas.

EUGENIO SUÁREZ-GALBÁN GUERRA

Los potros de bárbaros atilas y otros cuentos



La protagonista de la corta novela, “La balseira en el estrecho”, debe su presencia a la mínima intervención que tuviera en la historia precedente. Como se ha dicho, distintos personajes son como hilos que se trenzan en el conjunto. Cari representa otro tipo humano. Cubana jinetera que llega como inmigrante ilegal a Madrid. Actúa libre y espontánea allí donde viva. Cuba o capital de España. Nada podrá robarle el espacio que, como persona, entiende que le corresponde. Voltea las circunstancias por muy contrarias y violentas que lleguen. Tiene conciencia de sí misma y hará prevalecer a esa conciencia. Hasta el final y asumiendo las consecuencias. Se muestra el mundo crudo y a la intemperie de la prostitución. El personaje, sumido en el sumidero, se levanta magníficamente, se dignifica con cada acto, con los pensamientos y afectos que prodiga. Pero hemos dicho que, en cualquier caso, el ser se somete o se destierra o se aniquila. Cari es el emblema de una conciencia de una rebelde con causa. Aspira a levantar y mover su propia vida. De ahí que en una página se apunte que la mayor conquista es “la de sí mismo”.

Hay libros en donde se hace patente el gusto del autor por la escritura. Los temas elegidos pertenecen a un ámbito velado normalmente en la literatura española contemporánea. La Guerra Civil está rompiendo hoy los puntos de sutura con que, en la transición democrática, quisieron abrochar la memoria. La identidad necesita de todas sus piezas. No hay memoria si hay saltos, vacíos y discontinuidades. Por este motivo, el libro representa una lección, sin proponérselo alcanza a ser lección de historia. Los personajes le han prestado la voz para conseguirlo. Todos ellos se presentaron como seres desarraigados que buscan afanosamente sus raíces o su libre estar en el mundo. El libro sanciona por igual a todos. El sistema no admite desorden. No hay posibilidad de aventura. Las andanzas de un Quijote están fuera de lugar; la libertad se ha visto encerrada. Los seres que han transitado por las páginas pusieron, en su momento y en su sitio, la voz. Aquel tiempo y lugar ya no son, pero el escritor ha sabido cómo hacer que alcance al lector su eco trágico y lastimero. Y es también una lección de escritura; escritura directa; sacando la realidad a punta de una riqueza expresiva sorprendente. Por todo lo cual, bien merece que las manos del lector se acerquen a saludar este libro.